

la del buen gusto. Cuando alcancé a conocerlo, ya no estilaba sino la plática popular, que reducía al blandor de la mansedumbre aquellas almas montaraces, en cuya rudeza despertaba, como si fuese en la misma breña natal, la quejumbre de una tórtola escondida. Palabra de genuina simplicidad, y acaso más elocuente por ello, según lo fué, ante los ilustrados como Avellaneda, cultor de verbo pulcro, quienes así rendiríanse al encanto con que se humilla el jardín en la adolescencia de la rosa silvestre.

Creo, sin embargo, que su asombroso prestigio sobre doctos y rústicos era eficacia de sabiduría infusa, y que así lo corroboraba aquella impresión como remota de su presencia, que parecía un regreso, y quizá lo fuese,

toda vez que el estado místico es participación en la beatitud de los ángeles.

Así como en el perfecto amor la dicha del amante es perpetuar su contemplación del amado, pues nada más desea, bien que no lo consiga porque se trata de seres humanos y con esto pasajeros, la beatitud de los ángeles consiste en que lo realizan eternizando la divina contemplación, y a eso aspiran los santos.

Tal es para ellos la significación de la muerte. Los místicos lo alcanzan en vida, aunque no pueden expresarlo: porque siendo continua la eternidad, y no la palabra, carece esta última de la condición esencial que semejante enunciación requeriría. Elevados a esa ya sobrehumana abstracción, viven así en lo sublime, y por esto parecerá que están

siempre como tornando...

Mi impresión de aquella vida consiste en lo que dejo expuesto, para comunicarla del mejor modo posible, y claro está que sin trascendencia ninguna a los dominios de la teología o la metafísica, ya que sólo me propuse, repito, exponer el mencionado efecto.

El caso es que el padre Esquiú practicó y rindió heroicamente la vida a su deber de cristiano: vale decir con sacrificio sin límites. Vida purísima, entregada por entero al bien, que socorre con la caridad, conforta con la fe y consuela con la esperanza, integrando la perfección eficaz. Eso es, en dos palabras, la santidad, y por ello tiene tanta importancia que la Nación cuente un santo entre sus hijos.

## Examen de cargos Defiendo al Presidente Azaña

Por MARIO SANCHO

= Envío del autor. Cartago 8 de febrero de 1937. Artículo demorado; no halló curso en el *Diario de Costa Rica* =

El director de *La Epoca*, periódico católico, no quiere que se diga que su pluma de arcángel se ha manchado en la tinta de los errores humanos y está resuelto a probar su inocencia en lo concerniente a los insultos al Presidente Azaña, con armas semejantes a las empleadas por cualquier pecador sin mucha imaginación. De lo primero que echa mano para asegurarnos que Azaña sí merece el calificativo de monstruo, es de citas del propio Azaña traídas con poca habilidad y sobra de mala intención. Las recorta del cuerpo de un pensamiento completo y luego las ensarta en un hilo de rencor de camarilla, de modo que cobren aspecto de una unidad irrefutable. Es así que el director de *La Epoca* ha cogido una frase de uno de los artículos del libro *Plumas y Palabras*, y las desgaja de la idea central para que sirva su propósito de desprestigiar al autor ante la opinión pública: 'Estoy exhausto de compasión'; luego la liga contra otra tomada no sé donde de la obra de Azaña: "ni heridos ni prisioneros; tiros a la barriga". Veamos ahora lo que en realidad dijo Azaña en la página 192 a que alude mi contendiente: "Estoy exhausto de compasión, me importa a lo sumo lo que conviene al mayor número o a todos, no lo que cumple a Fulano". Pareciera que al anotador de la cita le importara más lo que "cumple a Fulano" que lo que conviene "al mayor número o a todos".

Luego trae a cuento a Calvo Sotelo con la misma devoción con que lo exaltó la condesa de Torellano y marquesa de Beniél, cuya apología del difunto político dejó boquiabiertos a algunos ticos y españoles de por acá que todavía creen en la superioridad de una

criatura humana por el solo hecho de llevar títulos antes del nombre. Lo cita con la unción con que citan los curas en el púlpito a Santo Tomás o a San Agustín, o más bien a un santo que hubiese muerto en el martirio. Quizá nuestro director de *La Epoca* cuente entre los méritos del finado político aquello de haber metido armas a España por la frontera de Navarra envueltas en la bandera española, armas para matar a miles de compatriotas de Calvo Sotelo, entre ellos niños, mujeres y ancianos. Otro de los méritos de este santo del calendario fachista, en concepto del periodista católico, es seguramente el de haber cooperado con Martínez Anido —a quien no llamaré ni por pienso monstruo— en la "supresión" de centenares de españoles partidarios de una verdadera república.

En absoluto nos sorprende que el español que estudió con Azaña en El Escorial se haya desatado en insultos contra su antiguo discípulo. ¿No han hecho otro tanto todos los españoles a quienes el triunfo del Frente Popular en España significaba el cercenamiento de las garras con que han despedazado al pueblo? Sólo que el español de *La Epoca* rebasó la medida, tal vez porque había leído que don Miguel de Unamuno llamó "monstruo de frivolidad" a don Manuel Azaña. Pero es que don Miguel nunca perdonó a Azaña porque hubiese sido su rival en lo de la presidencia del Ateneo de Madrid, ni que hubiese escrito un artículo de crítica poco respetuoso acerca de su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*. Quizá Unamuno soñó con la presidencia de la república que él creía haberse ganado a fuerza de insultar a Mola y a los otros militares, y al ver a su rival lle-

gar al puesto ambicionado, se le exacerbó su rencor y le lanzó aquel mote. En cuanto a lo de "monstruo" a secas del colaborador de *La Epoca*, ignoramos su origen, aunque tememos sea más pobre todavía.

Se escandaliza el director de *La Epoca* de que Azaña haya dicho que "la vida de un republicano vale más que la de todos los conventos de España", pero en cambio no le conmueve que la realidad demuestre que el Cardenal Primado, que muchos obispos, generales y grandes terratenientes españoles se hayan comportado siempre con más atención a su propio regalo y al bienestar dentro de los conventos que a la vida miserable del pueblo.

Se asusta el director de *La Epoca* de que Azaña haya dicho que España ha dejado de ser católica. Tremendas palabras en verdad. Pero, ¿por qué no se asusta también de que el catolicismo de los grandes de España haya perdido su espíritu cristiano? Los magnates de la iglesia que defienden los intereses de Juan March y los suyos propios sin habers: cuidado nunca de la suerte de los pobres campesinos que hasta el agua para regar sus pejugales tenían que comprarla al señor, han traicionado a Cristo. Si Cristo volviera a la tierra, con seguridad que los generales que tanto admira *La Epoca*, mandarían disparar contra él al verlo inclinarse del lado de los que reclaman su derecho a la vida.

No todos los católicos, sin embargo, están en España contra la República. Hay muchos clérigos, por el contrario, que defienden lo que Azaña defiende; sobre todo los curas de aldea que conocen bien la miseria en que vive el pue-

blo español, y hasta canónigos, como ese canónigo teologal de la catedral de Córdoba, Monseñor Gallegos Rocafull. Del lado de Azaña están también seculares de filiación católica como Ossorio y Gallardo y el escritor Bergamín, para no citar sino los más conocidos entre nosotros. Todos estos espíritus verdaderamente cristianos están dando testimonio de que a su juicio la religión es y debe ser algo más que rezos y ritualidades: un cuerpo de doctrina inspirada en el bien y la justicia. Todos ellos están manteniendo además la buena tradición religiosa del mundo en general y de España en particular, la tradición de los Apóstoles, de los primeros Padres de la Iglesia y de los frailes hispanos del siglo XVI, quienes no obstante sus extravíos de intolerancia en el terreno dogmático, excusables por razón del tiempo en que vivieron podrían dar a muchos prelados de ahora provechosas lecciones de valentía, generosidad y lucidez en la apreciación de los problemas sociales y políticos. Citemos en obsequio a la brevedad, sólo dos casos: El jesuita Juan de Mariana, cuyo cálamo insigne estampó, antes que ninguno de nuestros modernos socialistas, el principio de que *solamente el trabajo continuado legitima la posesión del suelo*; y el bravo dominico Bartolomé de las Casas que aquí en América, ante el egoísmo y la soberbia de los encomenderos, expuso este otro principio de la plataforma revolucionaria mexicana: *no habrá salvación para los indios hasta que no les sean devueltas sus tierras*.

Inspirado sin duda en estas grandes tradiciones escribió Salvador de Madariaga lo siguiente: "Que la Iglesia española, un tiempo gloriosa y liberal, que con Victoria y Suárez fundara el Derecho Internacional y con Mariana defendiera al príncipe democrático, viniese a degenerar hasta producir los curas guerrilleros y las monjitas místicas, como Sor Patrocinio que, simulando estigmas y visiones ce-